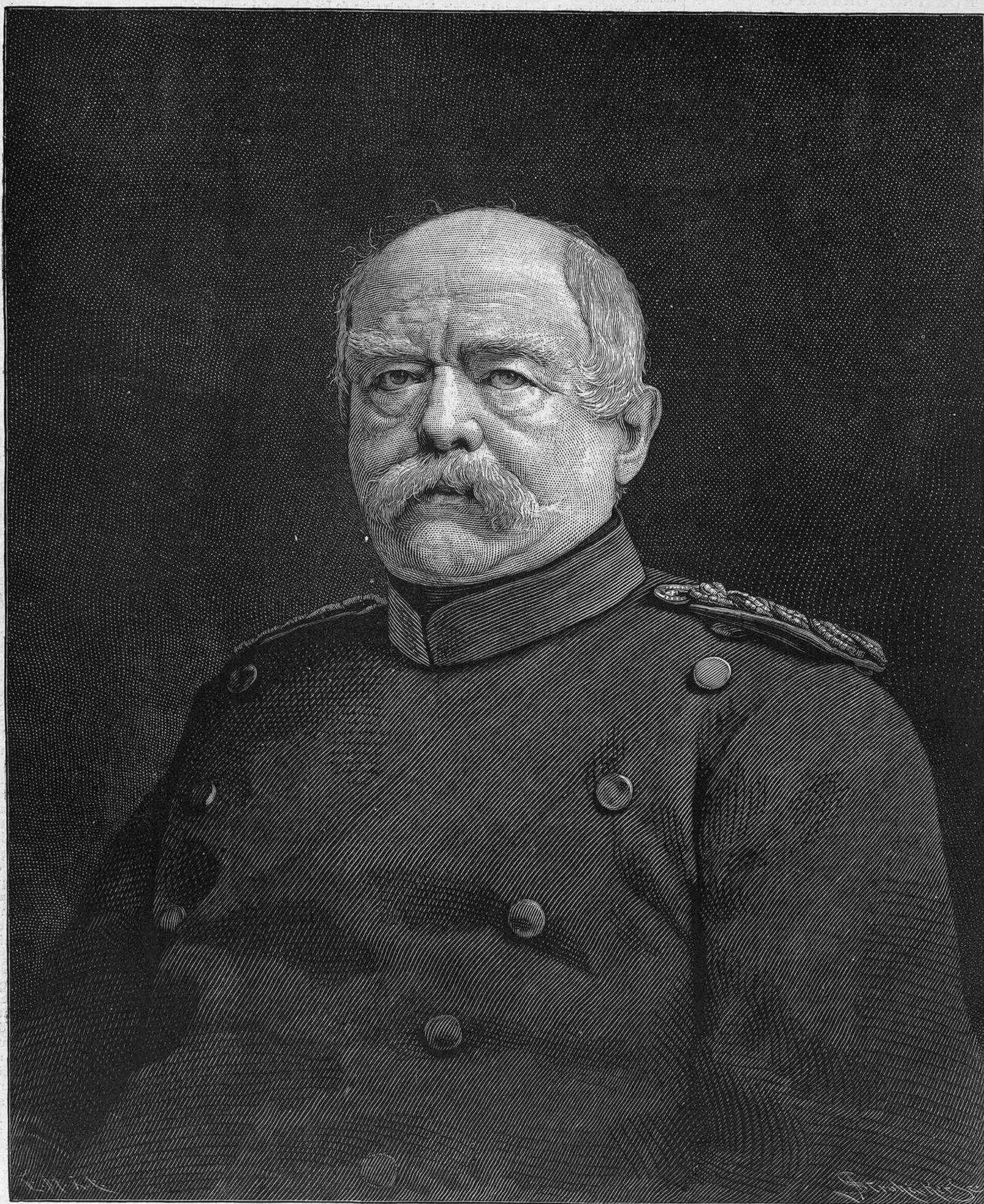


ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 25 DE JUNIO DE 1888→

NÚM. 339



EL PRÍNCIPE DE BISMARCK

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados. — Exposición Universal de Barcelona*, por don J. Yxart. — *Estudios psicológico-sociales*, por don Luis de Loma y Corradi. — *Cuando Felipe IV*, por don Julio Monreal. — *Los exámenes*, por don Fernando Araujo. — *Noticias varias. — Eclipse total de luna.*

GRABADOS. — *El príncipe de Bismarck. — El regreso*, cuadro de A. Wierusz Kowalski. — *Ensueños de amor*, cuadro de Juan Luna Novicio. — *Los felices*, cuadro de T. de Beek. — *Federico III, el emperador mártir* el 15 del corriente a las once la mañana. — *Ti-
pos militares*, estudios del cuadro «Un entierro en Holanda». — *Un sabino defendiendo a su hermana*, grupo de José Uphnes. — *Eclipse de luna del 2 de enero de 1888, observado en Cayena. — Suplemento Artístico: El toque de rebato*, cuadro de A. Maignan.

NUESTROS GRABADOS

EL PRÍNCIPE DE BISMARCK

La muerte de Federico III coloca la corona imperial de Alemania en la cabeza de su primogénito. Guillermo II es el rey de derecho; según los hombres políticos el rey de hecho ha de serlo el príncipe de Bismarck. Hace mucho tiempo que el insigne estadista es conocido con el sobrenombre de *canciller de hierro*, que quizás suene muy bien a los oídos de ciertos estadistas, pero que de seguro es poco simpático a los hombres de corazón. Dícese que la política no tiene entrañas. ¿Por qué no ha de tenerlas? ¿Acaso le va tan bien a Europa con esa diplomacia que carece de ellas?

Si el semblante es el espejo del alma, el de nuestro príncipe no desmiente sus condiciones. En el presente número publicamos uno de sus últimos retratos: lo primero que ocurre a su vista es sospechar que ese hombre no debe haberse reído nunca. Compárese la fisonomía de Bismarck con la fisonomía de Cavour y se comprenderá la política de cada uno de esos hombres cuya afortunada misión ha sido la de formar un todo nacional con los elementos más discrepantes. Alemania pesa hoy sobre los hombros del *canciller de hierro*. ¿Arriesgará en un trance supremo la suerte del imperio? Los políticos temen que sí; los bolsistas esperan que no. Consultando su rostro nada se descubre: si su corazón es de hierro, su semblante es de piedra.

EL REGRESO, cuadro de A. Wierusz Kowalski

La nieve ha cubierto la llanura, el viento ha despojado los árboles de sus últimas hojas, el frío es glacial y el hogar se encuentra aun a regular distancia. Los *touristas* rabiosos que sostienen que los países del Norte han de ser visitados durante el invierno, deben haber visto nevar a través de dobles cristales y sentados al amor de una confortable chimenea. Pero si se encontraran en el caso de nuestros carreteros, maldecirían del enero y aplicarían la punta del látigo a las orejas de las caballerías que, aun sin este estímulo, hacen cuanto pueden para disfrutar del grato calor del establo.

La fidelidad con que está descrita esta escena demuestra que su autor, hombre del Norte, la ha estudiado del natural. Lo admirable es que el frío no le haya privado del uso de las manos para tomar los apuntes de un cuadro que hiela solamente de verlo.

ENSUEÑOS DE AMOR, cuadro de J. Luna Novicio
(Exposición París.)

El autor del *Spoliarium* y de la *Batalla de Lepanto* ha dado una prueba más de la flexibilidad de su talento. En el cuadro que reproducimos ha dado forma a un pensamiento atrevido; pero esa forma es tan bella, que la materia desaparece a la vista para dar lugar a una contemplación más poética, mucho más inocente que la situación representada.

Una joven prendida de baile, cuyo rostro y cuyos adornos demuestran claramente que no ha pasado las horas en místicas contemplaciones, cae rendida de fatiga en un sillón y sueña aun en las escenas de la tormentosa noche. Cualquiera adivina ese sueño, cualquiera está en el derecho de despreciar a esa mujer, saturada de sensualismo. Pero aquí entra la magia del arte. Luna no ha podido desconocer lo escabroso del asunto; pero conoce la historia clásica, a su imaginación habrá acudido la idea de aquel famoso Areopago que absolvió a la cortesana Phriné, y habrá dicho para sus adentros al contemplar su obra: — No se atreverán a condenarla porque es muy hermosa...

LOS FELICES, cuadro de T. de Beek

Dícese vulgarmente que el hombre feliz no tiene camisa. Nuestra enamorada pareja no carece en absoluto de esa prenda, pero a buen seguro no tiene gran repuesto. Beek, que es uno de los pintores de género más estimados en Dusseldorf, ha pintado un joven matrimonio de pescadores, cuyas redes vacías demuestran que la jornada ha sido bien poco provechosa. Y, sin embargo, no se desesperan... ¿Qué es desesperarse?... Antes bien todo en ellos respira felicidad, contento. Cuando se unieron ante Dios, en Dios pusieron sus esperanzas. No todos los días son malos: alguno de ellos da para el pan de hoy y el de mañana. La frugalidad es la hermana del trabajo; se puede vivir con muy poco cuando la salud estimula el apetito y se come un menudro en grata compañía.

Este cuadro es de una frescura admirable, realizada por un colorido brillante. La idea del autor se manifiesta clara y resulta simpática. ¡Cuántos potentados prescindirían voluntariamente de las tapiadas alfombras de sus salones y a pie desnudo cruzarían la playa, si cabe la desmantelada choza tuvieran la seguridad de amar y ser amados!

FEDERICO III, EL EMPERADOR MÁRTIR

A las once y trece minutos de la mañana del día quince de los corrientes entregó su alma a Dios el monarca más poderoso y más desdichado de los presentes tiempos. Tres meses y seis días ha ceñido la corona: la cedió agonizante y agonizando la ha llevado, pero con la fiereza de un héroe y la resignación de un santo. Se le llamaba *el emperador mártir* y como los mártires hizo sobrehumanos esfuerzos para ocultar a todos los horribles dolores que le aquejaban. — Aprende a sufrir, — dijo en cierta ocasión a su primogénito: — es lo único que puedo enseñarte... — Rasgo de humildad sobrada de parte de un hombre que se había captado las simpatías hasta de los enemigos de su raza.

Federico III nació el 18 de octubre de 1831: a fuer de príncipe prusiano educáronle como a un soldado y su talento, unido a su valor, le elevaron con el tiempo a feld-mariscal del imperio, la más alta jerarquía de la milicia, ganada por primera vez en el campo de batalla por un príncipe de la familia reinante. Y sin embargo, pocos hombres

han sido más refractarios que Federico III a las pompas vanidosas del triunfador. La corona de laurel que su padre le envió después de la batalla de Worth ha reaparecido solamente para ser depositada encima de su cadáver.

Jamás abusó de la victoria: después de la sangrienta jornada de Reichshofen, cuando los prisioneros franceses desfilaron a su presencia, descubrióse con respeto ante los vencidos y, volviéndose a su Estado Mayor, dijo:

— Saludad al valor, señores: nada he visto tan bravo en mi vida como esos soldados a quienes la fortuna ha hecho traición.

Y cuando, después de la vergonzosa capitulación de Bazaine en Metz, el conde de Moltke exigió la continuación de la guerra, llevándola al centro de Francia, de esa Francia maltrecha, vendida, sacrificada por Napoleón III y su corte y que oponía a su vigoroso enemigo la simple resistencia del gladiador que busca la menos ignoble manera de morir, entonces príncipe Federico dijo al omnipotente y evanescido jefe de Estado Mayor General:

— Hacéis la guerra no a Francia, sino a la civilización.

La enfermedad que le ha llevado al sepulcro se le inició hace algunos años; pero su robusta complexión, auxiliada por la ciencia, parecía contener a la misma muerte. Lo que ha sufrido es imponderable; y a pesar de ello jamás ha temido el trabajo ni ha proferido una queja. Hasta exhalar el último suspiro le han asistido la luz de su inteligencia que era mucha y la fuerza de su voluntad que era extraordinaria.

Estaba casado con la emperatriz Victoria, hija de la reina de Inglaterra, de cuyo matrimonio ha dejado dos hijos y cuatro hijas. Era hombre de facciones regulares, bastante acentuadas pero en ninguna manera duras, alto y fornido, rubio, de ojos azules poco expresivos y barba luenga, crespa, más que gris en sus últimos tiempos y bastante descuidada. El retrato que hoy publicamos es de un parecido perfecto y revela fielmente hasta sus condiciones de carácter.

En su reinado se fundaban grandes esperanzas, y quizás por esto se creía en un milagro de la Providencia. ¡Quimera, quimera vana!... La Providencia somete a los grandes emperadores a las mismas leyes físicas por que se gobierna el último de sus súbditos. Una sola excepción ha permitido en favor de Federico III, la de que le hayan llorado universalmente. Si hubiera sido posible prolongar la vida del emperador de Alemania descontando un día de la de cada uno de sus oscuros é ignorados amigos, Federico III habría vivido muchos siglos.

Al caer de su cabeza la diadema de los reyes, la opinión universal le ha ceñido la de sus simpatías, que es mucho más envidiable.

TIPOS MILITARES, de Isaac Israels

(Estudios del cuadro «Un entierro militar en Holanda.»)

Los pintores holandeses tienen carácter especial y por conservarlo sin mezcla de extranjeras escuelas, renuncian a menudo a completar su educación artística fuera de su país. Isaac Israels, que viene de familia de pintores, había expuesto desde muy niño pequeños trabajos sin pretensiones, que no pasaron desapercibidos de los grandes críticos; cuando a los diez y siete años de edad se aventuró a remitir al *Salón* de 1882 su primer gran lienzo en el cual representó un entierro militar en Holanda.

Ser admitido en el *Salón* a los diez y siete años de edad, supone ya mucho; pero supone mucho más, cualquiera que sea la edad del expositor, llamar la atención en un gran certamen internacional, como la llamó el joven Isaac. El público contemplaba conmovido aquella tela dibujada con admirable sencillez, en la cual resaltaba un sentimiento espontáneo. Los soldados del imberbe pintor no desdecían de los de Neuville: desde aquel momento fué calificado de maestro en tipos y costumbres militares.

Los dos dibujos que publicamos darán a nuestros suscritores una idea del talento especial de ese pintor precoz, de quien decía su padre al eminente crítico Pablo Leroy: «Aparte el legítimo orgullo paternal, tengo confianza en el porvenir de mi hijo: es un muchacho de madera de artista.»

UN SABINO DEFENDIENDO A SU HERMANA,
grupo de José Uphnes

El hecho histórico ó legendario del rapto de las sabinas es uno de los episodios más populares de la primitiva Roma. La que un día había de ser reina del mundo y denominada *Ciudad Eterna* encontraba en su origen falta de mujeres: su población aumentaba lentamente; al paso aquel, hubieran debido transcurrir muchos siglos para que Roma se considerase fuerte por el número de sus hijos.

Los romanos nunca demostraron ser muy delicados en sus procedimientos: la traición hecha a los sabinos prueba que esta mala condición la tenían desde sus primeros tiempos. Discurriendo modo de aumentar el número de sus compañeras, no lo encontraron mejor que el de invitar a sus vecinos, los sabinos, a una fiesta que para ellos había de tener grandes atractivos. Los convidados acudieron llenos de confianza y en mucho mayor número las convidadas; cuando hete que, a lo mejor del espectáculo, los romanos acometen a los desprevenidos sabinos, pónenles en atropellada fuga y se quedan con sus mujeres,preciado botín de aquella vergonzosa traición.

Así lo narran las crónicas, y aun cuando hay mucho que discutir acerca de la exactitud del hecho, el arte, que tiene el derecho de utilizar las más ó menos verosímiles leyendas, ha aprovechado varias veces el asunto, que es realmente a propósito para reproducido por un hombre de talento. Buena prueba de ello el grupo escultórico que publicamos, en el cual, aparte el perfecto estudio del cuerpo humano, aparecen bien acentuados el legítimo furor del guerrero sabino y la justificada desesperación de su hermana.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL TOQUE DE REBATO, cuadro de A. Maignan

Expuesto en el Salón de París de este año.

Mucho aliento y mucha confianza en sus fuerzas necesitaba el autor de este cuadro al acometer empresa que muy pocos artistas hubieran llevado a feliz término. Se trata de una alegoría, difícil siempre como tal; pero mucho más cuando el autor se empeña en hacerla comprensible sin sacar el asunto de los espacios imaginarios y sin emplear otros personajes que personajes imaginarios, también.

Agarrados a las cuerdas de una gran campana, cuatro hombres vigorosos, cuatro genios de ese instrumento según el artista, publican por medio del bronce herido la sinistral nueva. Al impulso de ese rumor terrible, lánzanse de los flancos de la campana legiones de hombres y mujeres, en confuso torbellino, simbolizando los clamores trágicos y desesperados que se oyen en todas las grandes catástrofes. De lo que se supone tierra sube a la altura la llama de un incendio.

Una de las cosas más notables en esta composición es la diferencia netamente acusada y sólo a fuerza de talento obtenida, que es de ver entre los genios de los clamores humanos que ocupan medio cuadro en dirección de derecha a izquierda, y los genios de la campana que ocupan la otra mitad de la tela en sentido inverso. Suprimamos esta diferencia entre los genios y el cuadro dejará de tener explicación: la voz de los hombres y la voz de la campana se confundirán en un solo ruido ininteligible y la alegoría habrá desaparecido. La fuerza activa que da el impulso y la fuerza pasiva que lo recibe, constituirán una sola masa de hombres confundidos en las alturas atmosféricas después de haberlo estado en la mente del pintor.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

EL GLOBO CAUTIVO

Se extiende entre la primera sección y el Parque, un trozo del Paseo de Pujadas, enclavado dentro del recinto. De aquél no pasan aún muchos concurrentes a la Exposición para quienes tiene ésta los atractivos de un sitio de recreo. Me apresuro a decir que participo de este punto de vista. Una Exposición debe ser tal para la industria y para las artes, pero también, y quizá en mayor escala, un lugar de esparcimiento para los que a ella concurren. Cuando se haga por atraer a sus jardines, no los que estudian, sino los que se divierten, no los que miran, sino los que pasean, es favorecer la empresa. Porque a verlo todo con la intención que debiera verse, irán pocos, pero a ser vistos y a esparcir el ánimo irán muchísimos. De modo que, si mucho se apura, un juego de bolos ó una horchatería parecen más propios de tales lugares que una máquina nueva, aunque parezca paradoja.

Hubo una razón, casi diré fisiológica, para que se agruparan siempre al rededor de esos vastos museos, los pabellones destinados a cafés y restaurants y las barracas de espectáculos al aire libre, como antaño en torno de los campamentos las cantinas y los saltimbancos. No se debe tan sólo su presencia a que el mucho concurso de gentes atrae a unos y a otros. La verdadera razón está en que nada fatiga tanto como la excursión por un almacén ó un museo. Este peculiarísimo cansancio hasta tiene un nombre en patología, si no recuerdo mal, y si no lo tiene, debiera tenerlo. La vista se cansa de la rápida sucesión de tantos objetos y tantos colores diversos; el esfuerzo continuado de la atención, pasando sin cesar de uno a otro artefacto, enerva y embota las sensaciones, y produce el aturdimiento, ó un decaimiento de fuerzas que no se parece a ningún otro. Para volver de esta fatiga, es forzoso hallar muy cerca algo que alegre los ojos y que distraiga la atención. En todos los grandes certámenes han sido estas distracciones su mayor aliciente, el más popular y el que atrajo mayor concurrencia.

Por esto comprendo, que en el espacio que precede a los jardines se detengan por lo común y a veces no pasen adelante los más asiduos. Tienen allí, como quien dice a mano, los conciertos en el Salón de Bellas Artes, el panorama de Montserrat, el globo cautivo, el tiro inglés y las montañas rusas. Para aquel corto trecho ya basta; lo lamentable es que no haya más diversiones análogas en el interior de los jardines, donde deponer a cada paso, a la vista de todos, la engorrosa formalidad. Porque si bien se mira, nada tan ridículo como moverse en un radio más ó menos extenso con el empaque de quien está delante de un público, y nada tan natural y, casi diré sano, como entregarse sin ceremonia a un ejercicio, a un riesgo, a una emoción nueva que absorbe por un momento todas las facultades.

Este atractivo tienen, por ejemplo, las montañas rusas: será infantil, pero lo tienen; y aunque ni nuevo el ejercicio, ni muy vivas las impresiones, ¿a quién no tientan una vez? Mayor todavía la tentación ante el globo cautivo, que se balancea como inmensa peonza, hinchado y majestuoso, con aquella majestad algo cómica de toda hinchazón. Mientras permanece en el suelo cabeceando, y reflejando en su tersa y luciente superficie la luz que sobre ella resbala sin posarse en parte alguna, parece que llama para una ascensión inmediata, a la multitud que lo contempla, ya empujados de antemano en torno de aquella mole. Pero cuando asciende en silencio, sin abandonar un momento su enfática majestad, lamenta el espectador no haberse subido a la barquilla, y no participar desde luego de la serie de emociones y panoramas que la imaginación se finge con sólo medir la altura con los ojos. La primera impresión no es penosa, como imaginan algunos, pero sí algo molesta en el primer instante. Parece que no es el globo el que asciende, sino la tierra la que se hunde. Es la misma sensación especialísima del movimiento de un buque para el que se embarca por primera vez. El buque no anda; lo que anda, con cierta lentitud fantástica de un panorama que arrollaran por un extremo y desarrollaran por otro, son las demas naves ancladas en el puerto, la línea del muelle con ellas, y el cabo ó el monte, alejándose en opuesta dirección. En la ascensión en globo esta sensación singular es, por decirlo así, vertical, si la otra horizontal. El globo permanece inmóvil, y la tierra se hunde a nuestros pies. Y conforme se hunde, se ensancha el círculo que podemos alcanzar con la vista, como una gota sobre un papel. De pronto, el aeronauta, sorprendido, y como atraído por el abismo, fija los ojos en el punto de que partió y que se va alejando pausadamente; percibe las voces que le saludan (si hay quien le saluda), y ve la multitud, al parecer compacta que le rodeaba poco há, empujados y desparpamada al pie de los edificios, que presentan sólo su techumbre, y entre los arbolillos, que mueven sus copas. Pero, en esto, el globo continúa ascendiendo, y cuando se vuelve la vista en derredor, ya el panorama se ha engrandecido tanto, que el punto de partida se pierde en el conjunto, estrechado y reducido por la distancia, y el vasto horizonte dilata su círculo de modo que no cabe abarcarlo de una sola ojeada.

No puede compararse a ninguna otra esta vista sin límites, magnífica, sorprendente, pues ni es la del infinito Océano a bordo y en alta mar, porque allí el punto de

mira es muy bajo y el horizonte se estrecha, ni la de la cumbre de una montaña, porque su misma base se opone al anhelo de contemplar el panorama en toda su extensión. Desde la barquilla, la mirada no halla obstáculo alguno: cuanto puede divisar, lo divisa plenamente... sólo que no todo bajo su aspecto más grato. El casco antiguo de la ciudad, visto á tal altura, es en realidad bien feo: no puede compararse sino á un montón de cascote, y las calles á las grietas y surcos que hubiesen trazado en él algunos bichos saliendo de sus madrigueras. Apenas si algunas líneas verdosas denuncian los árboles de las principales vías, y mayores manchas, las plazas. Los monumentos se empuqueñecen sin perder sus líneas precisas y su característico color, como reproducciones diminutas de sí mismos. Un amigo nuestro decía que para convencer de la necesidad de la reforma á sus adversarios, lo mejor sería llevarlos á tales alturas desde donde parece inhabitable aquella conglomeración de casas amontonadas y prietas, cual si fueran á subirse unas encima de otras rebosando como un líquido que hierve. Porque lo singular es ver de qué modo se estrechan las distancias y desaparecen á simple vista los edificios intermedios entre los más salientes. El panorama de Plewna y el de Waterloo se tocan, y el Circo forma un apéndice de ellos. Decididamente las cosas, si varían con el color del cristal con que se miran, presentan también aspectos inesperados, según la altura. Entre estos aspectos inesperados, claro que no cuento el que ofrecen los hombres, todos tan pequeños aun en estatua, porque para verlos así no hay que subirse á un globo. En cambio, si otras cosas figuran en diminuto tamaño, éste permite apreciarlas en su conjunto, como en un plano de relieve. Contratan en este sentido, con el resto, el Ensanche, los alrededores y la Exposición, ya por más pintorescos, ya por más acicalados y nuevecitos. Particularmente la última, ocupando un área relativamente

extensa, ofrece un espectáculo singular con sus edificios entre manchas de verdura, las techumbres diversas, y el lago, como un trocito de espejo centelleante.

Lo que no se empuqueñece, ni aun allí, es la faja del mar con su prolongada línea recta, brochazo azul tirado á cordel y con firme pulso de uno á otro extremo, ni la costa ondulante que baja á besarle y á recoger sus espumarajos deshaciéndolos blandamente en la despejada playa ó sorbiéndolos en los recodos, ni los brazos de tierra que se prolongan para ceñir la ciudad, medio ocultos entre la bruma flotante como humareda ó cayendo en grandes cortinones empapados, húmedos.

Cuando el viajero desciende y pone por fin pie á tierra, todo recobra - inútil es decirlo - sus dimensiones y sus proporciones usuales, pero el aeronauta no puede disimular cierta superioridad, ni esa impresión de vaga ironía del que ha visto el mismo espectáculo con ojos distintos de los demás. Y causa bien raro efecto, aunque sea por un instante, ver á los que parecieron hormiguillas imperceptibles poco ha, tan serios y graves junto al peristilo del salón, en cuyo interior suena el órgano con majestuosas voces de iglesia, ó precipitándose con chillidos de alegría (ó de miedo las mujeres) por la vertiginosa pendiente de la *montaña rusa*, ó agrupados al rededor de las mesitas del café...

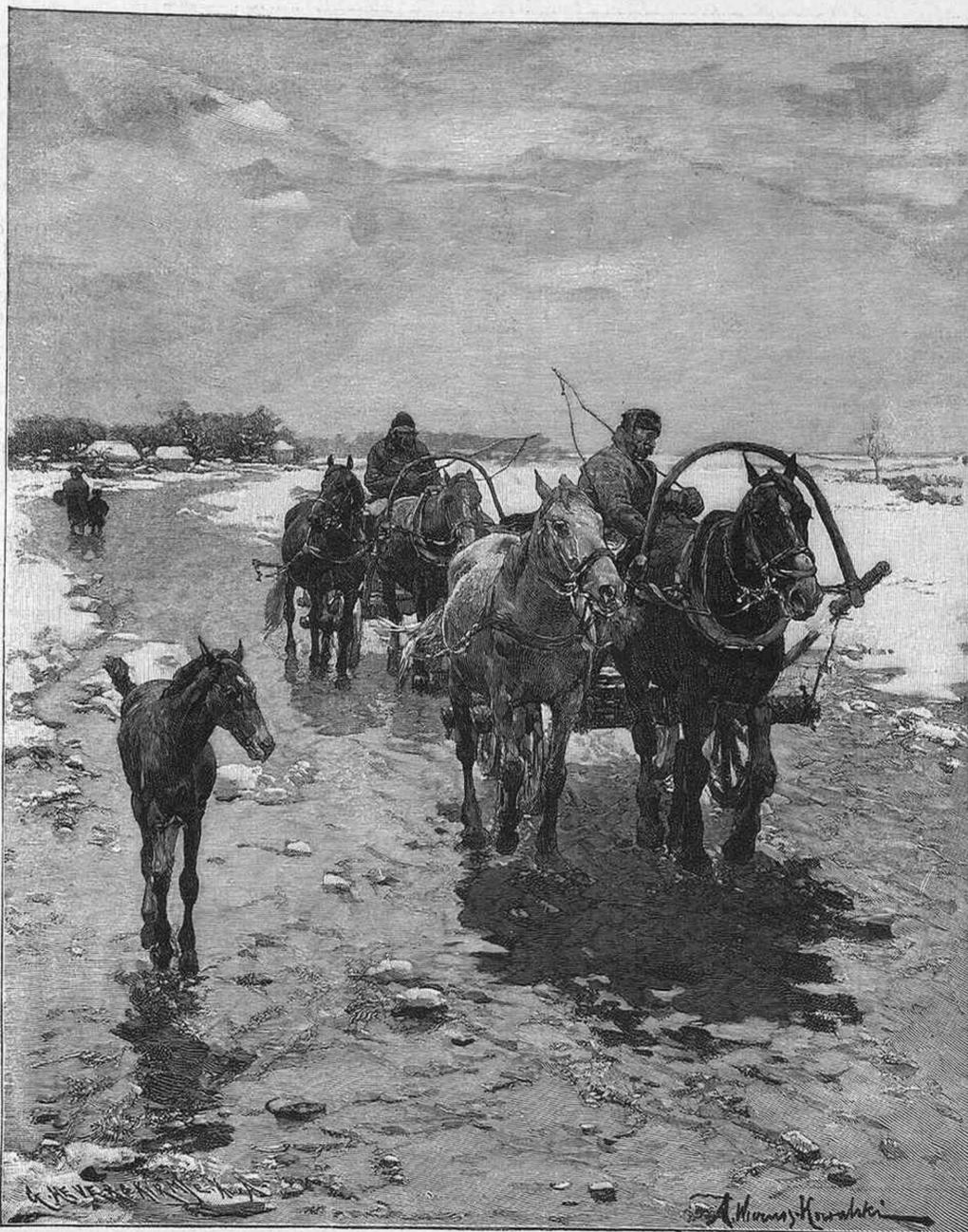
Pero va cayendo la tarde. Los vecinos jardines se embellecen con el último hábito de luz que dora las hojas relucientes y titilando, y da más calientes tonos á las estatuas de la verja... Resaltan con más vigor sobre los colores naturales los brochazos rojos y los armazones de metal de los postes anunciadores ó las básculas. La concurrencia se disemina, y sale haciendo crujir la arena. Y el globo oscila otra vez, descomunal, hinchado, respetable, amarrado al suelo.

J. YXART

ESTUDIOS PSICOLÓGICO-SOCIALES

FRAGMENTOS DE UN LIBRO ESCRITO POR UNA MUJER

Lelia era una mujer verdaderamente excepcional por su rara inteligencia, su educación exquisita, sus virtudes inquebrantables y la fijeza de sus principios.



EL REGRESO, cuadro de A. Wierusz Kowalski

Unía á tan envidiables condiciones, si no una belleza absolutamente artística, un rostro simpático y lleno de expresión, un cuerpo esbelto y elegante, y una distinción de maneras que revelaba la educación, la delicadeza, la bondad y el profundo respeto de sí propia.

Cuando la conocí en París en 1879, acababa de cumplir treinta años y hacia dos que estaba casada con el barón de B. después de diez años de amores de verdadera prueba, á que ella había sometido á su digno y honrado pretendiente, á pesar de amarle mucho, antes de consentir en entregarle su mano. Sus amores fueron una especie de martirio para el barón que se juzgaba aborrecido, y un continuado idilio para el alma sencilla y apasionada de la más tarde baronesa.

Lelia tenía la pasión de las letras y las cultivaba con un éxito que algunos celebrados escritores no hubiesen desdeñado; pero tenía la modestia del verdadero mérito y me costó no poco trabajo, después de seis meses de trato, que se decidiese á permitirme leer algunas páginas de un libro que había empezado años antes, y que se proponía concluir para publicarlo según ella afirmaba muchos años después.

Como mujeres de las condiciones de Lelia no se hallan fácilmente en el camino de la vida, no pude resistir al deseo de conservar algo de ese escrito, copiando clandestinamente todo cuanto juzgué digno de atención y de estudio; traición que mis lectores no dejarán de perdonarme siquiera en gracia de que por ella les proporciono el placer de una interesante lectura.

«¿Qué diferencia! exclama Lelia en la introducción de su libro, entre una mujer vulgar, débil é ignorante y otra que sepa lo que debe saber, sin caer ni en los extremos de un misticismo exagerado ni en despreocupaciones censurables! Toda mujer de buen sentido debe distinguir lo bastante el bien del mal, lo lícito de lo ilícito; debe saber manejar las armas defensivas de que siempre dispone la que se respeta, para evitar agresiones y emboscadas de que es constantemente apetecido blanco.

El destino, la felicidad, el porvenir, la vida entera en una palabra, de una mujer, dependen del primer paso en falso, de la primera debilidad, de la primera concesión, por sencilla que aparezca.

Mucho influyen en su destino el carácter y el temperamento, y más que nada acaso el género de educación recibida, el talento y la conciencia de su valor real.

La mujer llega á todo, bueno ó malo, con más violen-

cia, con más rapidez, con más valor que el hombre más terrible y más fuerte. Para él hay en los más solemnes y decisivos momentos de la vida, diques, barreras, consideraciones sociales ó egoístas, amor á su piel, instinto de conservación. Para ella, colocada en igualdad de circunstancias, en momentos idénticos, no hay consideraciones, ni diques, ni barreras de ninguna especie.

Cuando la *Commune* en París defendía palmo á palmo desde formidables barricadas sus pretendidos derechos á la igualdad social contra los soldados del Gobierno de la República; mientras los ciudadanos armados resguardaban sus cuerpos tras los adoquines y muebles que les servían de baluarte, las mujeres, esposas, madres, hijas ó hermanas de aquellos soñadores, ciegos, delirantes, embriagados [por la sangre y el humo de la pólvora, se arrojaban á pecho descubierto sobre sus adversarios, luchaban con ellos cuerpo á cuerpo, los vencían, los aniquilaban; y en el paroxismo de la ira y del que juzgaban legítimo entusiasmo patrio, se encarnizaban en sus víctimas como lo hicieran las bestias más feroces.

En aquella memorable hecatombe, que costó tantas vidas al pueblo francés como las victorias de los batallones prusianos, las mujeres hicieron con relación á su número más estragos que pudo hacer un ejército de aguerridos soldados.

La suerte de un imperio, el éxito de una batalla, la marcha acertada ó torcida de un gobierno, han dependido, ó cuando menos ha sido en ellas influencia determinante la voluntad de una mujer.

La historia antigua y moderna de los grandes acontecimientos en las sociedades humanas, está llena de pruebas elocuentes de esta verdad. - La mujer vale, pues, todo lo que quiere valer.

Lo mismo puede ser objeto del más ferviente culto, del respeto más sentido y profundo, que del escarnio, el abandono y el desprecio.

Colocada á la altura de los excepcionales encantos con que ha sido favorecida por Dios, sabiendo hacerlos valer, ante su juez, su verdugo ó su esclavo, que es el hombre, encarna una entidad absorbente, poderosa, irresistible.

Si por ignorancia, estupidez, debilidad ó malos instintos equivoca el verdadero camino, puede llegar á una pendiente en la que nunca ó rara vez se detiene, que la conduce inevitablemente al abismo.

Resumiendo:

El hombre es siempre un niño grande. No es solamente el animal más racional, sino también el más raro de la creación.

Toma invariablemente en serio el papel de domador universal, como una de las más altas misiones para que fué creado.

Pero cuando los papeles se cambian, y el domador se convierte en domado, no hay animal más dócil en el interminable catálogo zoológico de todas las especies conocidas.

Esta conversión es el verdadero secreto en que estriba toda la fuerza moral de las mujeres, cuyo talento está en dominar sin que de ello se aperciba el dominado.

No lo olvidéis, amigas mías; y leed atentas las líneas que os dedico para que os sirvan de provechoso estudio, porque ellas están basadas en hechos prácticos, que ofreceré á vuestra natural curiosidad y á vuestro claro entendimiento; y plegue á mi buena estrella que ellas influyan favorablemente en las más difíciles situaciones y en los más rudos combates de vuestra futura existencia.»

Era este prefacio ó prólogo del libro de mi amiga la baronesa Lelia, rasgo revelador de su carácter y de sus ideas con relación al sexo fuerte.

«Cómo ha podido V., señora, la pregunté el mismo día en que leí su prólogo, V., exenta de esas luchas terribles de la existencia, que son las que dan, por la experiencia de la vida práctica, la medida del complicado é inextricable dédalo que llaman corazón, sondear ese supuesto centro de todos los misterios y de todas las aberraciones humanas? - Fuerza es, señora, profundo estudio y espíritu de observación, y pasmosas facultades de adivinación intuitiva, para tratar cuestiones que constituyen otros tantos problemas fisiólogo-psicológicos que no es dado alcanzar sino á determinadas inteligencias. - Reciba V. por ello las expresiones más sinceras de mi admiración y mi respeto.

La baronesa continuaba su libro con la relación de sus

memorias concebidas en los siguientes términos:

Me llamo Lelia, — el nombre de mi madre adorada.

Nací en Madrid: mi padre era español y mi madre inglesa.

Estuve en un Colegio en Richmond, — pintoresco pueblo á pocas millas de Londres, — desde los diez á los catorce años.

Mi primera educación sin embargo la recibí en casa de mis padres, y en ella la completé desde mi salida del Colegio hasta los veinte años.

A los catorce era ya una mujer completamente formada y con pretensiones literarias.

Mi afición á la lectura, á la observación y al estudio, unido á mi carácter serio, eran tan exagerados, que las raras veces que me amonestaban obedecían siempre al temor, no mal fundado, de que mi salud pudiera alterarse por el exceso de trabajo intelectual, al que me entregaba sin reposo ni razonable límite.

Mi madre, que fué mi confidenta y mi mejor amiga, era una mujer verdaderamente excepcional, no solamente por su singular entendimiento, sino por su vasta instrucción, sus acrisoladas virtudes y la bondadosa dulzura de su carácter. Mi padre, engolfado constantemente en sus vastos negocios, dejaba al cuidado de su esposa velar por mi educación, convencido de que ninguna dirección extraña, por hábil que fuese, sabría atender con igual solicitud que la de mi madre al cultivo de mi precoz inteligencia.

La circunstancia de ser hija única contribuía á la absoluta libertad de que gozaba, muy en armonía, por otra parte, con las costumbres inglesas que dominaban en la familia, tanto por la nacionalidad de mi madre, como por nuestra casi constante residencia en aquel país.

Mi padre me amaba tiernamente; y mi madre tenía por mí y para mí todas las ternuras, todos los cuidados, todas las delicadezas de que es capaz el corazón de una madre, sobre todo de una madre como la mía.

Dicho se está, pues, que mi voluntad era ley en mi casa, por más que yo no abusase nunca de mis privilegios.

De estos apuntes trazados á grandes rasgos



ENSUEÑOS DE AMOR, cuadro de Juan Luna Novicio (*Exposición París*)

puede formarse una idea general de los primeros años de mi vida, hasta que empezó para mí la historia de la mujer en una edad en que con rarísimas excepciones somos todavía consideradas como niñas.

A los quince años había yo leído muchos libros, muchos más que la mayoría de las mujeres que pasan por instruídas han hojeado durante su vida.

No leí nunca malos libros, porque ni los había en la biblioteca de mi casa, ni á haber existido yo me hubiera permitido tocarlos. En las obras literarias, científicas, filosóficas y en las sanas novelas, se nutría suficientemente mi espíritu para alcanzar y comprender fácilmente lo que muchas, mejor dicho, la mayoría de las mujeres no comprenden ó ignoran.

Me creé un orden de ideas especialmente mías, y cuanto veía fuera de ese orden y de ese criterio, que yo creía el único lógico y razonable, lo juzgaba con cierta compasión desdeñosa y como rodeado de una atmósfera opaca ínfima, hecha para los seres inferiores.

La inmensa mayoría de las mujeres parecíanme vulgares, pretensiosas é ignorantes; las niñas de mi edad, ó demasiado tontas ó hipócritas ó ridículamente maliciosas.

Por eso no tenía ni una sola amiga íntima entre las que visitaban nuestra casa, y á las que nunca concedía sino el trato superficial de las relaciones comunes.

Por muy viva y despierta que sea la imaginación de una mujer de quince años, ha de faltarle la experiencia para distinguir con el necesario conocimiento de los seres que figuran en la vasta escena del mundo, y de las alternativas de la vida, lo real de lo aparente, lo verdadero de lo falso, lo infeccioso de lo saludable.

Aunque mi trato con los hombres estaba reducido á los amigos de mis padres, y á los que conocía en las reuniones y en los teatros, adonde me llevaban raras veces, suplía en parte á la inexperiencia de mis pocos años, dada la claridad de mi juicio, las lecciones y los consejos de mi madre, las innumerables historias que cada día me contaba y las que yo oía referir constantemente, sirviendo de pasto á la maledicencia unas veces, á la ca-



LOS FELICES, cuadro de T. de Beek



UNIVERSIDAD DE MADRID

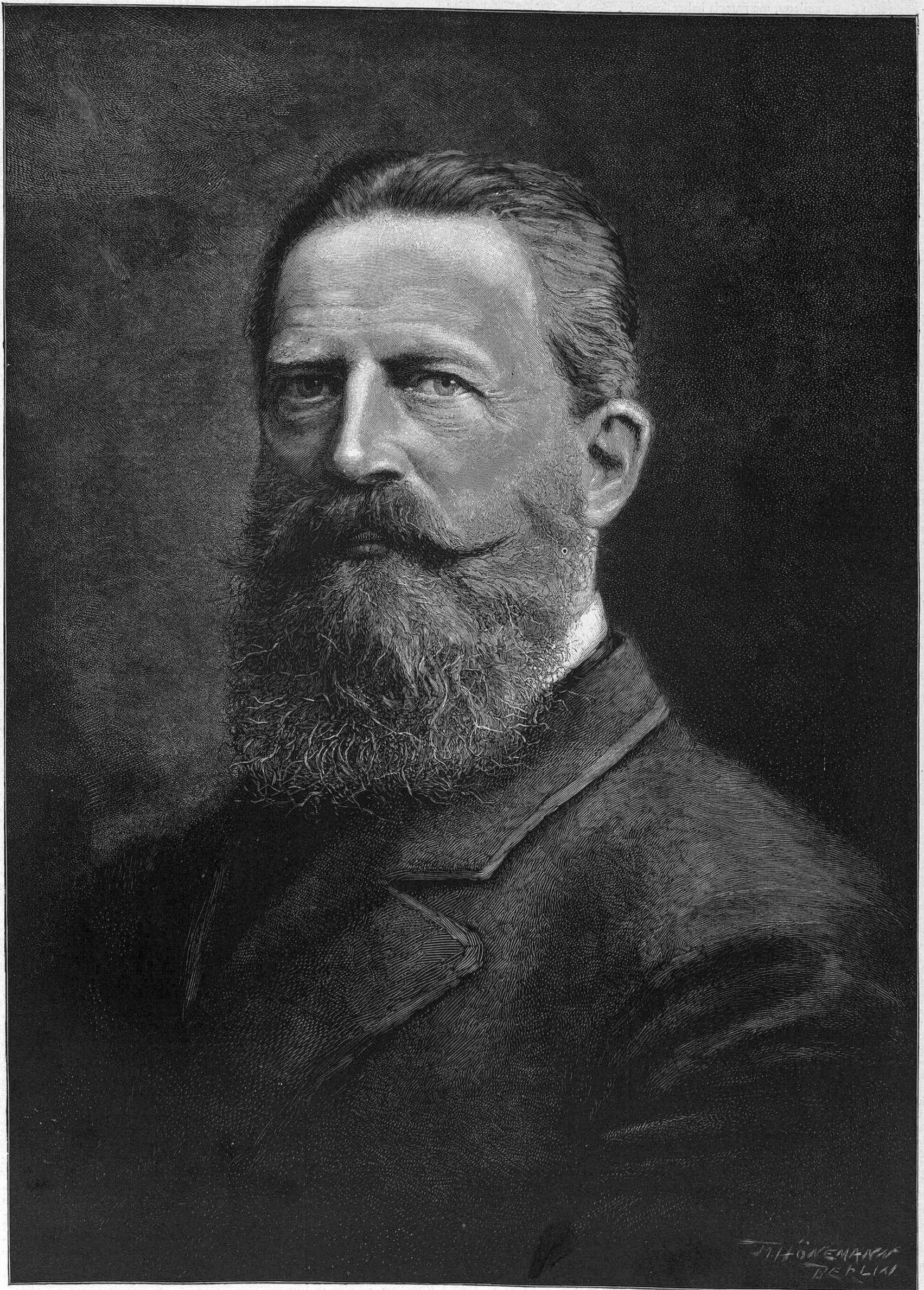


EL TOQUE DE REBATO, CUADRO DE ALBERTO MAIGNAN, EXPUERTO EN EL SALÓN DE PARÍS DE ESTE AÑO



INSTITUTO ESPAÑOL DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS





FEDERICO III, EMPERADOR DE ALEMANIA, † el 15 de junio de 1888

lumnia otras, y á la más ó menos justa apreciación de lo que se llama la voz pública.

En el estudio de las mujeres, me parecía haber llegado á cierta altura, por mis constantes observaciones y por mi propia condición de mujer.

En el estudio de los hombres me consideraba mucho menos doctora; pero en medio de mi escasez de trato y de relaciones con ellos, creía haber ya puesto la piedra fundamental á mis futuros definitivos juicios.

Tenía acerca del amor, ideas que al mayor número parecerían extravagantes, ó utópicas, considerándolas cada cual bajo su respectivo punto de vista.

Comprendía, por ejemplo, que el resultado final del más ideal de los amores es la fusión de dos almas en una sola alma; pero no cabía dentro de mis íntimos raciocinios que una mujer perteneciese á un hombre sin participación alguna de su espíritu; como juzgaba abominable, por más que me lo enseñaba la crónica de todos los días, que la mayor parte de los hombres prefiriese el barro ex-

terior á los más delicados espiritualismos del alma.

Sabía que los hombres se entregaban á las pasiones y á los excesos más brutales por satisfacer sus torpes apetitos, y que sacrificaban á unos instantes de placer y vanidad efímeros, la paz, la honra y el porvenir de muchas mujeres.

Sabía que consideraban como un timbre de gloria cada triunfo adquirido por la astucia, la traición y el engaño, sobre la inocencia, la ignorancia ó la debilidad.

Sabía que la mayor parte de las desventuradas mujeres, que renunciaban á ese título una vez corrompidas, para convertirse meramente en *cosas*, eran ángeles caídos, física y moralmente destrozados por las garras del implacable sensualismo de los hombres.

Sabía que el abandono y el desprecio de estos que se llaman señores de la tierra, estaban siempre en relación directa de la rapidez y la facilidad en la caída de sus víctimas.

Y sabía, por último, que la mujer que tiene ideas arraigadas de religión y de virtud, y la habilidad, el talento y la fuerza de defenderse, de resistir y de triunfar de esas innobles asechanzas, cuyo éxito halaga la cruel y ridícula vanidad de los hombres, que convierten, una vez satisfechos, en risa y en escarnio lo que fingieron ser objeto de eterno y fervoroso culto; sabía, repito, que la que tiene tan precioso y preciado privilegio, sin renunciar por eso á los derechos de su sexo, ni á las leyes incontrastables naturales, cuando su dignidad y sus derechos legítimos se hallen asegurados y sancionados ante Dios y ante el mundo, esa será la más apetecida, la más perseguida, la más idolatrada por los hombres; pero también la que á ellos se imponga, la que admiren, la que respeten, la que divinicen.

Recibía mi padre diariamente los más importantes periódicos de Europa; y en los momentos que me dejaban libre otros estudios, repasaba con verdadera curiosidad, con preferencia á las noticias políticas que leía rápidamente, los hechos diversos y las crónicas de los Tribunales.

Todos los días encontraba algo nuevo, curioso ó extraordinario, y con frecuencia me hacían estremecer los dramas de amor, las tragedias conyugales, los procesos más escandalosos y los hechos más inauditos, algunos de los cuales exceden en mucho en la vida real á los que juzgamos casi siempre inverosímiles en las novelas y en las creaciones de la fantástica imaginación de los poetas.

Seduciones y abandonos, asesinatos y suicidios, violaciones y adulterios, infamias y aberraciones repugnantes, todo ese séquito de monstruosidades espantosas y de crímenes sin explicación y sin nombre, al lado de las escenas más grotescas, de los incidentes más cómicos, de las excentricidades más ridículas. Y todo ese conjunto heterogéneo se grababa en mi imaginación y en mi portentosa memoria de manera indeleble, y desarrollaba más mi facultad de pensar y mi espíritu de observación.

¿Qué mucho que colocada en tales condiciones de reflexivo juicio acerca de los problemas esenciales de la sociedad humana, de la que son el fundamento y de cuya interpretación de la forma en que han de resolverse dependen los destinos de cada uno de sus individuos, los de la mujer especialmente, me considerase á mí propia con cierta satisfacción orgullosa, armada de punta en blanco, para entrar resuelta y animosa en el azaroso torneo de la vida?

— ¡Ah! ¿con que los hombres y el amor son los árbitros poderosos de nuestra débil naturaleza? ¿Con que ante esos dos enemigos formidables hay que rendir el alma y humillar la frente? ¿Con que nada ni nadie resiste á su violento impulso y á su avasalladora influencia?

— Pero eso lo veremos, — decía yo á la buena y adorada madre mía. — ¡Ay del hombre que se atraviese en mi camino, si no es en absoluto el ser que yo he soñado, si no se separa por completo de esas vulgaridades pretensivas que ven en cada movimiento y en cada sonrisa de la mu-



ESTUDIOS PARA EL CUADRO: *Un entierro militar en Holanda*

jer que eligen para víctima más ó menos propiciatoria un nuevo triunfo de su aspiración presuntuosa!

— ¿Qué me importa casarme ó quedarme soltera toda la vida si no hallo el compañero del alma, el fiel reflejo de mi ser y de mi pensamiento? — Belleza, juventud, fortuna; yo tengo bastante de todo esto para inspirar simpatías y amor á los que se me acerquen; pero esas condiciones en el hombre que aspire á hacer vibrar en mi corazón un latido, nunca serán bastantes por sí solas, á arrancármelo. — No; para llegar á amarle, preciso es que haya en él el delicado aroma de esa superioridad moral que no se afecta cuando se está á un nivel más bajo que su altura.

Y mi madre del alma me cubría al escucharme de amorosos besos, me estrechaba contra su corazón, y acariciando mi blonda cabellera:

— Hija de mis entrañas, exclamaba: ¡cuán digna eres de la felicidad que tu amante madre pide á Dios para tí en sus fervientes oraciones!

LUIS DE LOMA Y CORRADI

CUANDO FELIPE IV

Ahora que el antiguo principado de Cataluña y Barcelona, su primera ciudad, celebran tan espléndida fiesta de la paz, festejándola con la brillante exposición de los productos de las artes, la arquitectura y la industria, del mundo todo; ahora que ha concurrido para mayor esplendor de ese nunca visto certamen en nuestro país, el Jefe del Estado, la Reina Regente Doña María Cristina de Austria, vamos á evocar el recuerdo histórico de otro viaje, efectuado siglos ha, por otro monarca, también de la familia de los Hapsburgo, pero en el cual, si el Rey pisó la tierra catalana, no llegó á Barcelona, ni tuvo su expedición por objeto la paz, sino los sangrientos empeños de una guerra fratricida.

Próximos á cumplirse estaban cuatro años desde que

Barcelona exasperada por el mal gobierno del privado de Felipe IV, el odiado Conde-Duque, había lanzado el grito de rebelión el día del Corpus, 7 de junio de 1640.

Aquel día sufrió cruel y desastrosa muerte el virrey don Damián de Queralt, conde de Santa Coloma, y partiendo de aquella fecha tuvo principio una guerra funesta para el gobierno de Felipe IV y dolorosa para los catalanes, que en su desesperación llegaron hasta auxiliarse del rey de Francia, natural y antiguo enemigo de la prosperidad de España.

Trabóse la guerra con ardiente encarnizamiento por una y otra parte, y en verdad que por algún tiempo no se mostró la fortuna muy propicia á las armas de don Felipe, y á pesar de que éste, para animar á sus tropas, se aproximó al sitio de la lucha, lo mismo que hizo su rival Luis XIII de Borbón, y aun cuando nombró por entonces general de sus tropas al marqués de Leganés, soldado á quien en otras campañas había halagado la fortuna, es lo cierto que vencido por el caudillo francés, mariscal de Lamotte Houdancourt, perdió á Monzón, plaza fuerte en la frontera aragonesa, y el rey partió de nuevo para Madrid.

La mala dirección de los negocios, que de día en día se hacía peor, obligó al monarca á conocer, si bien algo tarde, lo funesto de la privanza de Olivares y se decidió por fin á alejarle de su lado, aunque nombrando para sucederle á su sobrino el conde de Haro.

La guerra había mejorado algún tanto de aspecto para las armas de Felipe IV. Su nuevo general don Felipe de Silva logró recobrar la plaza de Monzón, y éste y otros sucesos prósperos movieron al rey á llevar á cabo un esfuerzo, para poner término á una guerra que iba prolongándose demasiado.

Decidióse á presentarse en el campamento y alentar con esto á los soldados que no estaban acostumbrados á que los monarcas empuñasen la bengala, para dirigirlos al combate.

Desde los tiempos del victorioso emperador Carlos V, sólo había memoria de que Felipe II se hubiese presentado en campaña, cuando visitó el campamento de Filiberto de Saboya, después de la memorable jornada de San Quintín.

El sábado 6 de febrero de 1644 partió el Rey de Madrid para la jornada de Aragón y habiéndose despedido de la Virgen de Atocha, salió á las cuatro de la tarde, en dirección á Alcalá donde durmió, yendo acompañado tan sólo de sus palaciegos y las trompetas.

No viajó muy de prisa Su Majestad, pues hasta el día 13 no llegó á Zaragoza (1) y fué en tan poco propicia ocasión que halló enfermo de gravedad al general de la jornada don Felipe de Silva, quien sin embargo no tardó en curar de su dolencia, merced á los cuidados del célebre doctor Negrete, médico de cámara, que le envió el Rey, no bien supo su peligrosa dolencia.

Por cierto que curado Silva, adoleció y murió Negrete en Zaragoza.

Coh aquel cuidado respondió sin duda el Rey á los diputados de los cuatro brazos del reino de Aragón, que salieron á recibirle hasta la frontera de aquel reino y que muy ahincadamente le pidieron removiese del cargo á Silva.

Más de dos meses estuvo el Rey en la capital de la antigua corona aragonesa preparándose para salir á campaña y en el intermedio mandó llamar por cartas á los grandes y señores de título del reino, para que fuesen á asistirle en la guerra y por fin se decidió á partir, señalando para ello el viernes 29 de abril, determinando sentar su residencia en Berbegal, que entonces se consideraba plaza fuerte y está situada en la meseta de una colina aislada, de áspera subida, á unas doce leguas de Zaragoza y dos de Monzón, cuyo castillo se divisa claramente desde allí.

Con esto se acercaba también á Lérida, ocupada por el francés.

El domingo, primer día de mayo, ya de noche, llegó el Rey á Peralta de Alcofea, villa de corto vecindario, situada á poca distancia del punto en donde el pequeño río Guatizalema vierte su caudal en el Alcanadre, que á su vez desagua en el Cinca algunas leguas adelante, después de fertilizar los campos de Sariñena y festonear el famoso é histórico monasterio de Sigena, privilegiado asilo de esposas del Crucificado, fundación de Alfonso II, comparable sólo por sus inmunidades al de las Huelgas de Burgos.

Acompañaba al monarca espléndida comitiva, más propia del fausto de la corte que de la rudeza de la campaña, contándose en ella el marqués de Gracia, el embajador de Alemania, el marqués del Carpio, caballero mayor, el patriarca de las Indias, los gentiles hombres de cámara y los de boca, caballeros y pajes de á caballo, juntándose hasta quinientos.

Acaso Felipe IV, tan amante de fiestas cortesanas, viéndose aquel día rodeado de tan fastuoso aparato, comparó las olvidadas márgenes del Alcanadre con las del Manzanares, en donde al mismo tiempo debía estar reunido tal tropel de tapadas, señores, hidalgos y plebeyos, unos á pie, otros á caballo y no pocos en coche, en medio de bailes, coloquios y meriendas, celebrando la popular y bulliciosa fiesta de *Santiago el Verde*, en el famoso Soto de Manzanares, y dando á la primavera la bienvenida.

Deseoso se hallaba don Felipe de presentarse en el campamento, así que, al siguiente día á las siete de la mañana ya estaba á caballo, dispuesto á recorrer la dis-

(1) Biblioteca Nacional: m. s. — II. 135.

tancia que de sus tropas le separaba, la cual no excedía de media legua.

Sonó la señal de ponerse en marcha, que era dos tiros, y el Rey, que aguardaba en una ermita, empezó al punto su camino, siendo saludado al llegar al campo con tres salvas reales, de diez y seis piezas de artillería.

Componíase el ejército de 4,000 caballos escogidos, quince tercios y regimientos de infantería, seis de ellos españoles, dos valones, cuatro alemanes y tres italianos.

Conviene saber que los tercios de infantería española solían tener unos 3,000 hombres, divididos en doce compañías, no llegando á ese número los de las otras naciones.

Eran todos soldados viejos, que aparte de valer más de otro tanto que los bisoños, se hallaban animados con las mercedes que el Rey acababa de hacerles, excusándoles del pago de medias anatas, ó sea el descuento de la mitad del sueldo, durante el primer año en que gozaban de nuevo empleo.

Añadió á esto la concesión de un escudo de *ventaja* sobre cualquier sueldo que percibiesen.

Era la *ventaja* recompensa entonces muy en uso en el ejército español, pero de la que se había abusado por extremo, ocasionando grandes gastos en el entretenimiento de las tropas, siendo causa de mucho descontento y murmuración entre los soldados, porque generalmente no se otorgaba al mérito sino al favor.

Por esto se propuso diferentes veces remedio, llegando á fijarse la suma que debía tener cada compañía asignada para ventajas, que era de treinta escudos, no pudiendo exceder ninguna de diez, atento á la consideración de que la ventaja se daba más por honra de señalados servicios, que por utilidad del aventajado. Eran algo parecido á las cruces pensionadas, invención moderna.

Quiso el monarca, asimismo, dar una paga entera á la gente, pero tuvo que reducirla á media, en consideración á lo mucho que había gastado desde que salió de Madrid, que ascendía á seis mil escudos.

Era entonces motivo también de disgustos la provisión de cargos, y aunque sobre el asunto se habían tomado disposiciones y estaba consignado en las Ordenanzas dictadas por el mismo Felipe IV en 1632, reformando las de su padre, cómo había de procederse, era lo cierto que lo mandado no se cumplía muy bien, cuando en esta ocasión ofreció el Rey á las tropas que para oficiales y puestos mayores no traería soldados de otras partes, sino que se sacarían de cada tercio, de forma que si vacaban maestros de campo, sargentos mayores, capitanes y banderas, se nombrarían tales oficios en los soldados del tercio y regimiento mismo.

Para más granjearse el afecto de los soldados, honrólos don Felipe presentándose en el campamento al frente de banderas, á caballo, con la bengala ó bastón de generalísimo y vestido á la usanza militar.

Sabido es que entonces los soldados no usaban uniforme y cada cual vestía y se armaba según su gusto y capricho, compitiendo todos en lo vistoso del traje, cadenas, bandas y plumas con que se engalanaban.

Así es que el Rey se presentó con calzón de punto, bordado de plata pasada, mangas de lo mismo, colete de ante llano, banda roja, bordada de plata, capote de albornoz rojo con alamares de plata pasada, espada y espuelas, estas asimismo de plata, y el sombrero negro con plumas de carmesí.

Extraordinario por todo extremo fué el entusiasmo de las tropas á la vista del Rey, y aquellas colinas y llanos retumbaban con las salvas de artillería, el redoble de las cajas, el sonido de los pífanos y los vítores de los soldados que arrojaban al aire sus sombreros, mientras el Rey saludaba con el suyo las banderas, que á su vista tremolaban.

No podía transcurrir tan fausto día sin que las Musas, que entonces todo lo narraban, tomasen también parte en el militar regocijo y se conserva un largo romance anónimo (1), que supongo inédito, describiendo el suceso, y de cuyos culteranos conceptos daré una muestra, copiando algunos trozos.

Dice así:

AL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE IV EL GRANDE, DELANTE DE LAS TROPAS DE SU EJÉRCITO, EN EL CAMPO DE BERBEGAL, CUANDO LO DE LÉRIDA.

A dar calor á sus armas
Y luz á sus hijos ciegos
El sol de Austria, sale el sol,
Y dos polos dora á un tiempo.
Hoy se muestra y de la tierra
Todo el ámbito soberbio
Callará á su vista, como
Se vió en el Mavorte griego.

.....
Pero ¿qué nueva, qué osada
Belona, de Marte fiero
El carro falcado guía?
En cada caballo un Euro
Azota, un rayo castiga,
Y apresura un pensamiento.
Por los ojos y la boca
Espiran volcanes ellos,
Y su misma sangre beben
En las copas de sus frenos.
Gime el aire, y de las nubes
Los cerrados pavimentos,
Por los sulcos de las ruedas

(1) Biblioteca Nacional: m. s. - C. c. 180.



ESTUDIOS PARA EL CUADRO: *Un entierro militar en Holanda*

Se quedan esclareciendo.
Ya mira de Berbegal
El campo extendido, el vuelo
Abate, y la cumbre fácil
Ocupa de aquel repecho,
La voz levanta y curioso
La está esperando el silencio,
El mundo la atiende, y yo
A sus razones advierto:
«¿Hasta cuándo, obstinaciones
De mal fundados empeños,
Al imperio de las sombras
Le darán tributos ciegos?
¿Hasta cuándo, Cataluña,
Para miserable ejemplo,
Abusará pertinaz
Del más paternal afecto?
Castilla soy, y ese joven,
Que oprime un bridón de fuego,
Relámpago en las vislumbres,
Como rayo en los efectos;
Ese caudillo animoso,
Ese general atento,
Es, si acaso de tu culpa
No te advierten los recelos,
El Conde, el Rey, el Monarca,
El Jove, el Filipo nuestro,
El Grande, el mayor, el magno,
Más que Alejandro y Pompeyo.
Guía un campo, cuyas flores
Se arman de aspides de acero,
Si en plumas y bandas son
Volante pensil del viento.

.....
Teme, pues, teme, que yo
De nuestro Júpiter veo
Los rayos, los capitanes,
La esposa y el heredero,
Las flotas, las asistencias,
El valor, el ardimiento,
Asaltar tus homenajes,
Sin que puedas defenderlo,
Aunque te amparen nativos,
Arrogantes y soberbios,
Baluartes firmes y fosos
De Segres y Pirineos.»
Calló la Belona hispana,
Calló, y por el Segre adentro,
Haciendo del carro barca,
Hizo de las alas remos.

Recorrió don Felipe el campo y por todas partes fué testigo del alborozo de los soldados, que viéndole entre ellos, le ofrecían con entusiasmo parecer mil veces en su

servicio, mientras él veía con placer levantar las tiendas y barracones en donde se alojaban, llamando mucho su atención los tercios de los valones y alemanes, cuyos soldados llevaban consigo sus hijos y mujeres, convirtiendo los campamentos en verdaderos aduares, siendo no pequeño embarazo en las campañas.

Al siguiente día, 3 de mayo, que era la fiesta de la Santa Cruz, pasó el Rey á Barbastro á celebrarla, diciendo la misa en su iglesia el obispo don Diego de Chueca.

Era Barbastro ciudad de no gran vecindario y había sido visitada ya por Felipe IV en 1626, con ocasión del tratado de Monzón, que entonces puso fin á la guerra que el cardenal Richelieu nos había suscitado, sobre la ocupación de la Valtelina.

Por cierto que entre los festejos con que entonces obsequió Barbastro al monarca, fueron de notar las comedias representadas por el autor de compañías Juan de Morales Medrano y su mujer, la famosísima comediante Jusepa Vaca, tan festejada de próceres, como traída y llevada por los poetas en sus versos, no siempre escritos para su loa.

Aquella tarde el Rey visitó las barcas que estaban en el río Cinca, preparadas para pasar las tropas, y habiendo permanecido en Barbastro dos días más, sin hacer cosa particular, regresó el viernes, día 6, á Berbegal.

Pusieron en movimiento pocos días después las tropas, con no poca satisfacción de las aldeas circunvecinas, que ya con los alojamientos, ya con el temor que á los enemigos tenían, estaban en continuo vejamen y angustia.

Aun cuando la fortuna favoreció las armas de Felipe IV con la toma de Balaguer y sobre todo con la de Lérida, como la guerra no dejaba concebir esperanza de término cercano, el Rey, después de los triunfos obtenidos contra el francés en Cataluña, regresó á la corte, si bien con proposito de tornar á Aragón, como lo hizo en el siguiente año de 1645, acompañado de su primogénito don Baltasar Carlos, que fué jurado en Zaragoza como sucesor de aquellos reinos.

Repitieron el Rey y el príncipe la jornada de Zaragoza en 1646, con motivo siempre de la guerra, y habiendo enfermado en aquella ciudad don Baltasar Carlos, en muy pocos días bajó al sepulcro, un martes 9 de octubre.

Tal fué la expedición que en 1644 hizo Felipe IV, llevado por aquella sangrienta y porfiada guerra, que no terminó hasta que afligidos los catalanes con su duración y experimentando que con aquel estado de cosas y las vejaciones que les imponían sus protectores aparentes los franceses, padecían mayor daño que con el gobierno de don Felipe, se entregó Barcelona el 13 de octubre de 1652 al marqués de Mortara y á don Juan de Austria, el segundo, quienes estrechamente la tenían cercada por mar y tierra, con cuyo suceso en breve quedó pacificada toda Cataluña.

¡Librela Dios en lo sucesivo de visitas de príncipes airados!

Regocijese siempre como ahora, que llegan de fiesta, para admirar y aplaudir su próspera cultura.

JULIO MONREAL.

LOS EXÁMENES

(CUADROS AL VIVO)

- ¡Qué poca gente hay en la plaza! Casi estamos los dos solos.

- Es verdad; estarán todos comiéndose los libros.

- ¿A quién has saludado?

- A D. Mariano

- ¡Cómo se conoce que están encima los exámenes! Antes nunca le saludabas.

- Amigo, no todos los tiempos son iguales

- Mala cara tienes, chico; se conoce que te estás comiendo los libros.

- Pues no creas, no es gran cosa; pero ya ves, el caso no es para menos.

- A ver, ¡hazme una pregunta! Hoy he concluido de reparar el Jaccoud y ya no pienso mirarlo más. ¿Tienes ahí el programa de Patología?

- ¡Sí!

- Pues sácalo y haz una pregunta cualquiera.

- ¡Allá va! Diagnóstico diferencial entre la disentería y la enteroragia.

- Entero... ¿qué? por el medio sí que me has partido ahora; precisamente es una cosa que no sé.

- Pues, amigo, me encuentro en el mismo caso.

¡Vaya una plancha!

- Chico, estoy desesperado; decididamente me tiro por la Peña Celestina. ¿Pues no me estuve anoche estudiando las leyes desamortizadoras y ya no sé ni chispa?

- ¡Quita allá, hombre! ¿qué sirve eso? Llevo yo estudiando lo menos quince veces la historia del Oriente y lo mismo que si no la hubiera visto; no hay quién me haga tragar esos *nombrajos* de Marelo-Kempad, Assurrilili Busur-Assur, Assurbelkala, ¡qué sé yo! ¡Hay la mar! Yo mandaba fusilar á todos los que se ocupan de cosas semejantes

- Te digo que estoy desesperado, hecho un pez por completo.

—Y yo un cetáceo; lo que es si me sale alguna lección del Oriente ¡me dividen!

—¡Hola, chico! ¿Dónde diablos has estado que no te se ha visto por ninguna parte? ¿Has ido á las fiestas de San Isidro?

—¡Y no mala fiesta! ¡Buena fiesta tengo yo con la Química; Ni la de los innumerables mártires de Zaragoza, que de seguro debe ser mayúscula, aunque sólo toquen á media fiesta por barba. ¡Ya! ¡ya! Te digo que ni Berzelius, ni Dumas, ni Stahl!... ¡Así les hubieran pegado cuatro tiros á cada uno! Estoy furioso; me hablan de sesqui-sulfuros y como si me hablaran de las pagodas de la India, que en mi vida pienso verlas; tratándose de metaloides me entra dolor de cabeza; con los metales temo me dé una apoplejía fulminante, sobre todo al pensar que no tengo una peseta; con las sales se me hace la boca agua, porque no conozco más que la sal de la olla y la sal de mi morena, que no es poco; y no digamos nada si se trata de la teoría de Berzelius, porque entonces me dan intenciones de abrir el balcón y pedir ¡socorro! En fin, te digo que estoy un pez de marca mayor. Así es que no he tenido más remedio que meterme en casa y de allí no salgo ni de día, ni de noche; aun así y todo, encontrar yo un aprobado es tan difícil por lo menos, como encontrar la piedra filosofal ó la cuadratura del círculo; yo pido al tribunal que me dé un *si* natural; pero cuando yo me examine ya lo verás, se quedan resecos, y no llegan, ni siquiera á *si bemol*, lo juraría.

—¡Vaya! ¡vaya! no estarás tan mal cuando tan buen humor tienes.

—¡Pues no! que me echaré á llorar; con eso nada remediaría y serían dos males á la vez. Y tú ¿cómo estás?

—¡Pschs! así, así. En Historia natural me asustan un poco los zoófitos y las clasificaciones de botánica de Jussieu, de Decandolle, de Linneo, etc. etc., pero ¡vaya! puedo pasar; en lo que estoy temiendo una catástrofe es en el Algebra; hablándome de ecuaciones de primer grado entro en calor; en las de segundo sudo; en las de tercero me entra calentura, y en las de cuarto una tiritorfa que ni en Siberia. Lo que me consuela es que á los demás les pasa lo mismo, y mal de muchos.....

—¡Estamos frescos!

—Dispénsame que te interrumpa; tú estás enterado y vengo á pedirte un favor. ¿Me podrías decir algo de los sistemas de Filosofía de la Historia?

—¿Es broma?

—Hombre, no; me veo en un compromiso; tengo una lección en el programa que trata de eso y no sé ni chispa. Me parece que tú andas buscando camorra. ¿Con que no sabes una lección y me la vienes á preguntar á mí, que no sé la mitad de las del programa? ¡Para qué quería yo más día de fiesta que ir al examen con una sola lección en blanco!

—Mira, déjate de bromas y dime si quieres lo que te he preguntado.

—Aguárdate un poco. Pues bien, ya sabes que san Agustín fué un santo...

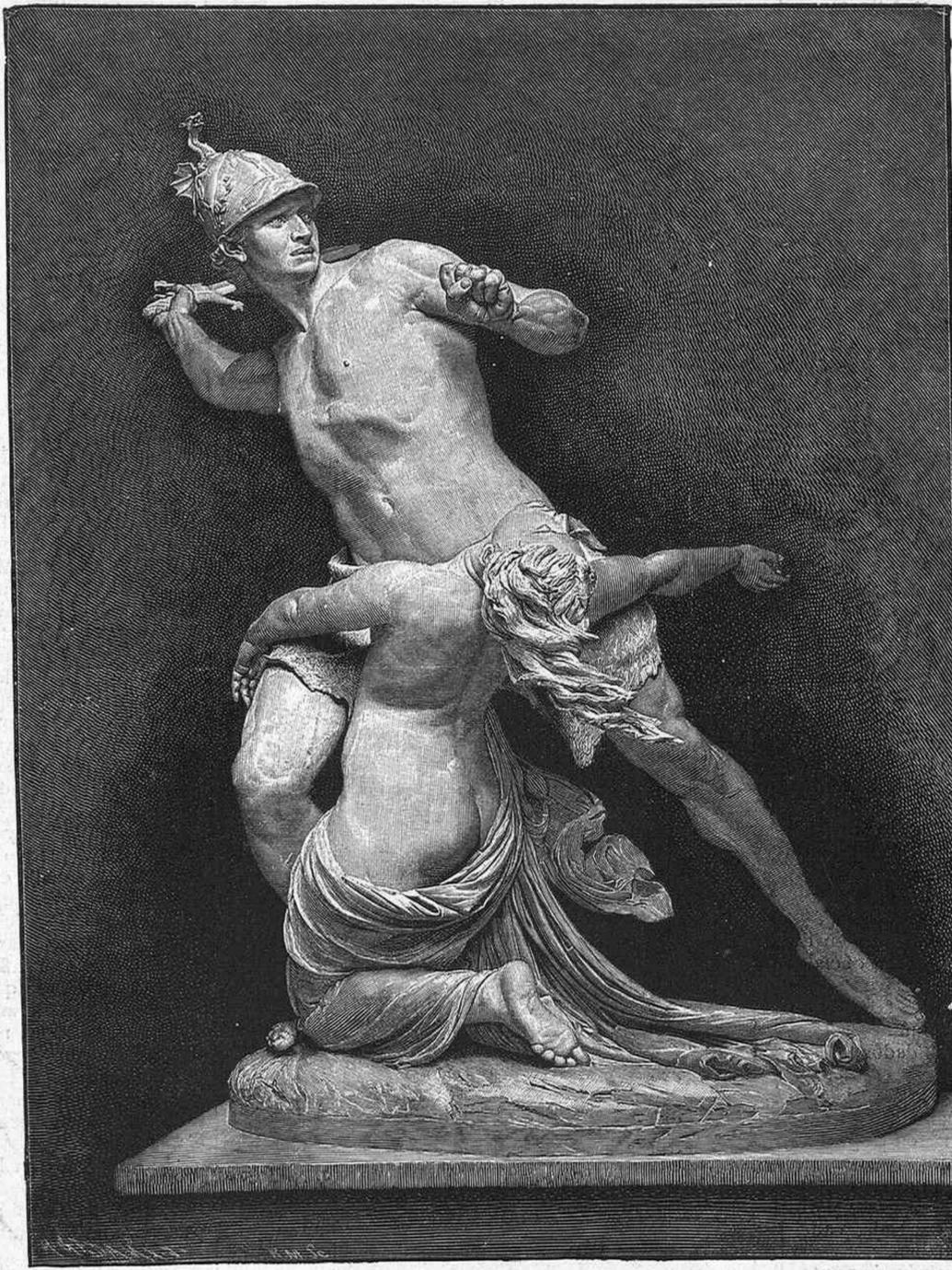
—¡Vaya una noticia!

—¿Lo sabías? Pues ya sabes tanto como yo; porque es lo único que sé de sistemas de Filosofía de la Historia; Bossuet, Vico, Herder, Hegel, Schlegel, Krause y demás compañeros mártires los conozco de nombre; pero ni sé si fueron ministros de Hacienda ó escribientes de algún Gobierno civil, y en cuanto á sus sistemas nunca me he metido á averiguarlos.

—¡Me has fastidiado!

—¡Hombre! ¡Tú por aquí! ¿Qué milagro es este? ¿Quién ha conseguido convertirte y traerte á la iglesia á oír misa? ¿Quién es ella? Porque aquí por fuerza hay faldas.

—Te equivocas, y me extraña que no aciertes á explicarte mi conversión. ¡Ay, amigo mío! ¡Estoy ya tan desengañado del mundo! Todo es farsa, chico, todo es farsa. Figúrate que tengo cuatro asignaturas y que soy amigo de todos mis profesores; todos los días los veo en el Casino, me hablan, me tratan con confianza, me ofrecen su casa, en fin, están á cuál mejor; fiado en su amistad no he abierto un libro; ¡qué abierto! ¡ni siquiera los he comprado! Les



UN SABINO DEFENDIENDO Á SU HERMANA, grupo de José Uphnes

pido ahora un pequeño favor, el que me aprueben... ¡Ya ves tú! ¡nada! ¡eso no vale nada! Y me dicen que no puede ser, que lo sienten mucho; que si hago buen examen, que entonces desde luego cuente con ellos; en fin, chico, que he salido de la visita más quemado que una brasa.

—¡Ah! ¡ya caigo! y vienes aquí, á misa...

—¡Es claro, hombre! Porque no me queda otro recurso que volver los ojos á Dios y pedir que haga un milagro.

—Ataulfo, Sigerico, Walia, Teodoro...

—Pero, señorito, que está la sopa en la mesa.

—¡Déjame en paz de sopas! Ahora voy. Turismundo,

Teodorico, Eurico.....

—Pero, señorito.....

—¡Por vida de tal!... ¡Calla! Y ahora que me

fijo, ¿sabes que eres bonita, muchacha? ¡Qué tentaciones! Pero, no ¡no! *vade retro*. Alarico,

Gesaleico, Amalarico... Amalarico, Amalarico...

¿Quién viene ahora?

—Nadie, señorito.

—¡Ah! Teudis, Teudiselo, Agila....

—El señorito está loco, ¡pobrecito! ¡velay lo que tiene tanto estudiar!

FERNANDO ARAUJO

NOTICIAS VARIAS

ISLA DE SAKHALINA. — El gobernador general de la provincia de Amor (Kamtchatka) anuncia en una memoria dirigida al gobierno de Rusia, que acaban de descubrirse abundantes fuentes de nafta en la isla de Sakhalina.

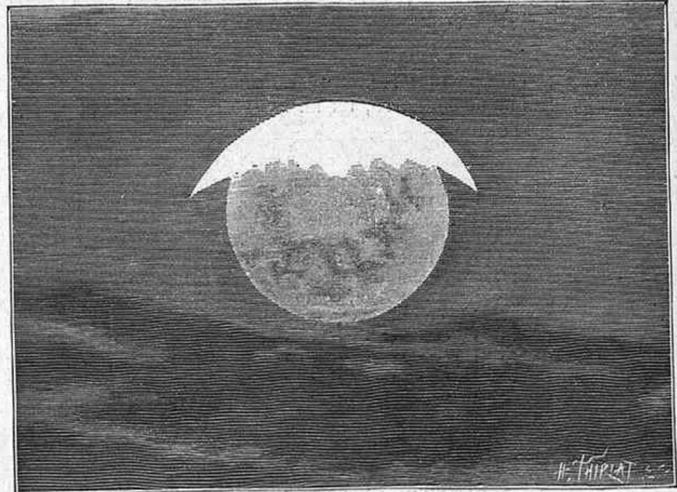
NUEVA MINA DE ORO EN LA GUYANA. — Según escriben al *Times*, se han descubierto en el Surinam (colonia holandesa) entre los ríos Lava y Papanahoni, yacimientos ó criaderos de mineral aurífero de riqueza extraordinaria. Con esto ha surgido una interesante cuestión, cual

unos gemelos ó anteojos marinos.

La parte oscurecida de la luna ofrecía un matiz rojo cobrizo muy sensible, á la vez que sus relieves tomaban una tinta parda negruzca. A derecha é izquierda estaban ligeramente iluminados los contornos del disco, conservando su base el mismo color que el centro.

A proporción que el astro se elevaba, disminuía poco á poco el fenómeno de refracción y la parte iluminada recobró su lugar en el disco; al mismo tiempo desaparecieron las ondulaciones en el límite de la sombra, que se perfiló correctamente siguiendo una línea curva.

La luna se eclipsó totalmente á las 7 y 20 m. Durante



Eclipse de luna del 2 de enero 1888, observado en Cayena

su paso por la sombra de la tierra, permaneció visible conservando la misma tinta cobriza y nada extraordinario se observó á su reaparición. El astro continuó majestuosamente su curso, y á las 9 y 45 m. se descubrió enteramente recobrando su claridad ordinaria.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

es saber, si la comarca en que se presentan estos ricos yacimientos pertenece á los Países Bajos ó á Francia, puesto que la frontera entre el Surinam y la Guyana francesa está delimitada por el río *Marouine*, formado por la reunión del Lava y el Papanahoni. El periódico inglés emite desde luego la opinión de que el derecho histórico parece estar de parte de los Países Bajos, que establecieron un puesto, hace cosa de cien años, en la confluencia del Lava y el Papanahoni. Pero muy luego se retiró este puesto.

ECLIPSE TOTAL DE LUNA

M. Philaire, residente en Cayena, ha hecho la descripción del eclipse total de luna observado por él en aquellas latitudes el 28 de enero del corriente año, y por ser de suyo una descripción curiosa la insertamos con mucho gusto en nuestras columnas. El eclipse fué observado en todas sus fases, gracias á la pureza del cielo.

Al levantarse el astro, estaba oscurecido el horizonte al N. O. y al O. por amplias fajas de stratus; pero á las 6 y 50 m. salió en fin la luna de aquel inmenso velo y apareció tal como la representa nuestro grabado.

Hallábase en este momento á una altura de unos 30° y había penetrado ya dos tercios en la sombra de la tierra. Por un curioso fenómeno de refracción atmosférica, la parte iluminada de la luna apareció más amplia que el disco á que pertenecía y pareció coronarlo con un luminoso creciente de sí misma. Esta corona parecía como recortada en su cóncavo menisco, presentando su centro un desgarró más acentuado.

Estas desigualdades de la sombra proyectada por la tierra no pudieran estar formadas por los grandes relieves de nuestro planeta que se dibujan así en la superficie de la luna?

Ello es cierto que estos recortes, perceptibles ya á la simple vista, se vieron perfectamente con